Dos vueltas más a García Márquez

Gabo: cuatro años de soledad. Su vida en Zipaquirá

GUSTAVO CASTRO CAYCEDO

Ediciones B, Bogotá, 2012, 436 págs., il.

Gabo. Cartas y recuerdos

PLINIO APULEYO MENDOZA

Ediciones B, Bogotá, 2013, 251 págs., il.

ENTRE FINALES de 2012 y comienzos de 2013, las vitrinas de las librerías nacionales registraron la aparición sucesiva de tres nuevos libros sobre Gabriel García Márquez, todos de la misma editorial. En diciembre de 2012, *Gabo: cuatro años de soledad* de Gustavo Castro Caycedo; en enero de 2013, *Gabo. Cartas y recuerdos* de Plinio Apuleyo Mendoza; y en abril, *Gabito, el niño que soñó a Macondo* de Aída García Márquez. Los títulos de los libros denuncian la procedencia de los autores: dos cachacos y una costeña. Según Alfonso Fuenmayor, Gabo es un apelativo andino. Me referiré a los dos primeros.

El periodista zipaquireño Gustavo Castro Caycedo (n. 1942), autor de treinta y cuatro libros y coautor de nueve, quiere reparar la injusticia que se ha cometido con “La ciudad de la sal”, la última en el abecedario de los municipios de Colombia, en la que desde el siglo XIX, gracias a la bonanza de las minas de sal, se respiraban cultura, literatura y rebeldía, pese a lo cual ha sido sistemáticamente excluida de las biografías intelectuales de García Márquez, sin considerar los mil cuatrocientos días que el escritor de Aracataca vivió allí, entre 1943 y 1947, cuando le expidieron la tarjeta de identidad 4917 y cursó, becado e interno, de tercero a sexto de bachillerato, en el Liceo Nacional de Varones, según Castro, el mejor colegio de Colombia en la época.

Al comienzo del libro, Castro Caycedo cuestiona la biografía de Gerald Martin por imprecisiones en las fechas y en ciertas apreciaciones: Martin afirma que los tejados de Zipaquirá eran toscos, pero para Castro son armónicos; para Martin la biblioteca era magnífica; según Castro era modesta; para Martin a García Márquez, debido a sus

alaridos nocturnos como consecuencia de sus repetidas pesadillas lo trasladan a un cuarto pequeño en 1946; Castro lo corrige: fue en 1944; Martin dice que el grado de García Márquez fue en 1947, Castro prueba que fue en 1946; según Martin había clases los sábados; para Castro se trataba de conferencias magistrales; según Martin, García Márquez fue solo a hablar con el presidente Alberto Lleras; Castro precisa que iba acompañado del rector, la poeta Laura Victoria y un compañero; según Martin los internos se dormían en el segundo piso a las nueve de la noche; Castro rectifica que era a las ocho y veinte, y el dormitorio estaba en el primer piso.

Con base en los testimonios de ochenta y tres personas entre compañeros de grado (de los cuales ocho viven aún), conocidos y novias, apoyado en testimonios, documentos, fotografías recogidos durante diez años en los que visitó más de cien veces la ciudad, recorriendo sus edificaciones, espacios y rincones, sesenta años después de los hechos, Castro Caycedo quiere resaltar la importancia del colegio, la ciudad y su gente quienes, a dos mil seiscientos metros de altura y a mil cien kilómetros de Aracataca, le tendieron la mano al adolescente García Márquez y lo acogieron con calidez, en medio del frío del páramo. Destaca la labor de los profesores, entre quienes sobresalen el de Literatura, Español y Gramática, Carlos Julio Calderón Hermida; el rector, Carlos Martín, el más joven de los poetas del grupo de Piedra y Cielo, y Manuel Cuello del Río, costeño y marxista, profesor de Historia de América, que le dieron forma al talento de García Márquez y lo consolidaron como escritor, le adoctrinaron en el comunismo, le estructuraron la visión del realismo mágico, lo transformaron de dibujante de perros, rosas, gatos, burros y patos, en caricaturista de profesores, condiscípulos y personajes famosos y de autor de coplas en poeta piedracielista, declamador, cronista periodístico y orador, le fortalecieron su pasión por la lectura y canalizaron su talento hacia la prosa literaria, con lo cual lo enrutaron hacia la gloria del Premio Nobel. García Márquez se forma allí en la música clásica, canta zarzuelas y actúa en obras de teatro, y lee a autores claves en su creación como Franz Kafka y William Faulkner y escribe poemas, muchos de

los cuales vende a sus compañeros para que conquisten a sus enamoradas o solucionen sus crisis sentimentales. Lo único que no lograron perfeccionarle, según lamenta el autor, fue la ortografía. No obstante, García Márquez nació intelectualmente en Zipaquirá [pág. 79]: el de Aracataca fue solo un nacimiento físico.

En la “Villa Ahumada”, como también se conoce a Zipaquirá por las cien chimeneas de las fábricas y los hornos elaboradores de la sal [pág. 116], García Márquez, quien “se había ‘madurado biche’ en asuntos de cama; porque tuvo en la costa experiencias sexuales y aventuras eróticas antes que románticas” [pág. 18], conoció, por fin, un noviazgo propio de su edad, con todos los ingredientes del romanticismo, las serenatas, las flores y los versos. En Zipaquirá, García Márquez, a quien apodaban El Peluca, por un personaje pintoresco de Sincelejo, o también mico rumbero, porque vivía bailando en el patio durante el recreo, llevó una vida de no pocas pilatunas: aprendió a fumar, incursionaba de noche en la despena de alimentos en busca de panes y dulces y, con la complicidad del celador, se fugaba de noche con sus compañeros del internado a tomar tragos, poner serenatas, visitar novias y asistir al teatro y, en una ocasión, casi ahorca a un profesor que, al tocarlo para despertarlo, lo asustó. Tres veces estuvo a punto de ser expulsado y ganó dinero escribiendo poemas para las novias o enamoradas de sus compañeros de clase.

Estas informaciones, y otras no menos pintorescas, como la identificación de los vecinos de pupitre o de dormitorio o que a García Márquez el frío le producía ganas de orinar y estudiaba con libros prestados y prefería la biblioteca a la gimnasia y que al bañarse, en la madrugada, le mentaba la madre al frío, que bien pudieron condensarse en unas quince páginas, Castro las despliega en más de cuatrocientas, gracias a reiteradas digresiones y repeticiones casi con las mismas palabras: la beca de García Márquez fue un hecho providencial: Dios lo puso en Zipaquirá [págs. 29 y 112]; en diferentes oportunidades se refiere la sucesión de muertes de las que fue testigo García Márquez: la de la niña abatida por el tifo, la del rector que se suicidó porque lo iban a trasladar, la del compañero pastuso

que falleció en una clase de educación física, la del profesor de gimnasia que pereció en un accidente: varias veces se enumeran los personajes (los compañeros, los profesores) o se describen los mismos lugares (las casas) o los hábitos –el baño en la madrugada, las comidas–. El método predilecto del periodista es la acumulación de datos, la enumeración que llena páginas. En ocasiones, el autor intenta ejercicios de ficción llenos de detalles insulsos como cuando recrea la llegada de García Márquez a Bogotá, procedente de Sucre, incluyendo las almojábanas que debió comerse en el camino y su encuentro con el ciego que cargaba los baúles. En otras, a partir de asociaciones tangenciales, como la del viaje de García Márquez de la costa a Zipaquirá con el de Jiménez de Quesada, aprovechado para una digresión sobre los muiscas y la ciudad, o la de los cantos de Escalona al otro liceo, el Celedón, que el autor aprovecha para desplegar una erudición insustancial.

García Márquez confesó que de esa época recordaba poco. Castro Caycedo quiere solventar ese olvido, revivir esos recuerdos y reivindicar la importancia de la ciudad, el colegio y los maestros en la obtención del Premio Nobel. Apoyado en las reflexiones de una psicóloga clínica, plantea que ese olvido garciamarquiano no es sino un mecanismo reparatorio que inconscientemente se ingenió el adolescente Gabriel: el de no comprometerse para no exponerse a un sufrimiento similar al que le produjo el distanciamiento de Aracataca, su clima y su gente cuando sus padres se lo llevaron a Sucre.

Menos que la obra –lo único que justificaría la aproximación biográfica a García Márquez–, lo que parece interesarle a Castro Caycedo es la exaltación costumbrista de Zipaquirá como centro cultural insigne, cuna de excelsos escritores y artistas y de una industria que los malos gobiernos condujeron a la decadencia, y la ponderación de la vida escolar del Liceo (donde también estudió Castro Caycedo y del que llegó a ser el tambor mayor de los desfiles) con sus rituales, sus bromas y sus juegos, y los personajes típicos del pueblo –el celador, la dulcera, el peluquero, la coja, la loca, la tuerta–, ninguno de los cuales tiene que ver con la obra de García Márquez. De esta manera, los

años zipaquireños de García Márquez no son sino un pretexto para explorarse en detalles y datos impertinentes o insustanciales para la exégesis de su ficción. Su pesquisa nos recuerda al historiador de la literatura caricaturizado por Roman Jakobson como un detective despistado que en lugar de apresar al ladrón, detiene a los seres que lo rodean.

Lo que pudo ser útil, la producción, si no literaria, al menos verbal, un primer cuento, “Psicosis objetiva” de 1943, una prosa lírica, “El instante de un río” de 1944, considerada la iniciación periodística del escritor quizá porque se publicó en una revista, los cinco discursos y los doce poemas de amor que se conservan, apenas se mencionan. Se habla, además, de numerosos poemas, unos quemados por la hermana de la novia a quien se los había dedicado “porque no estaba bien visto que una mujer casada guardara recuerdos de un novio” [pág. 53] y otros por el amigo leal que decepcionado porque el nobel de Literatura no asistió a una invitación a Zipaquirá, optó también por destruir todos los recuerdos que conservaba de El Peluca. Esos poemas ingresan a una tradición colombiana singular: la de las obras maestras perdidas, iniciada por Silva con sus *Cuentos negros*, la novela desconocida de José Eustasio Rivera, la novela cartagenera de Eligio García, etc. De los poemas se aclara que, pese a las numerosas solicitudes a Carmen Balcells para que autorizara su publicación, la agente literaria de García Márquez no lo permitió, porque el autor no estaba seguro de su autoría. No obstante, la mayoría de estos poemas, dos de los cuales fueron publicados en *El Tiempo* y *El Espectador*, en 1944, han sido reproducidos en innumerables ocasiones en la prensa nacional.

Castro Caycedo parte de una idea ingenua de la literatura y del proceso creador, así como de los mecanismos de las influencias a los que ve de una manera lineal en una estricta relación de causa-efecto. Así, García Márquez no es un sujeto, sino el producto, el resultado de cuatro años en la Zipaquirá de entonces. Por otra parte, ochenta y tres voces hacen pensar en una visión compleja, múltiple de la realidad. No es así. No hay matices, todos los personajes –hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, artistas, ganaderos,

médicos– hablan igual y, para remate, ninguno posee el don de la narración. El autor bien pudo integrar esos relatos, evitando el énfasis excesivo que no logra probar lo que se proponía: que los cuatro años de soledad de García Márquez en Zipaquirá eran los más importantes en su existencia.

Mucho más interesante que el trabajo de Castro Caycedo es el del periodista Plinio Apuleyo Mendoza, amigo cercano a García Márquez, más o menos desde 1957, es decir, por la época de sus principales producciones. Plinio no procede a partir de informaciones de segunda o tercera mano (lo que los hijos recuerdan que les dijeron sus padres), sino de su privilegiada experiencia personal, hecho que reitera de manera sigilosa a través de la estricta, pero múltiple y eficaz selección de sensaciones que pueblan las páginas. Un párrafo de Plinio condensa las 436 páginas del libro de Castro Caycedo:

Puedo imaginar el pueblo aquel adonde fue conducido luego, Zipaquirá, y el liceo, una especie de convento, el olor sepulcral de los claustros, las campanas dando la hora en el aire lúgubre de las tierras altas; los domingos en que, incapaz de afrontar la tristeza del pueblo, tan distante de su mundo luminoso del Caribe, se quedaba solo en la biblioteca leyéndose novelas de Salgari o Julio Verne.

* * *

Gabo. Cartas y recuerdos es, en realidad, la tercera edición de un texto que al inicio fue un capítulo de 151 páginas, titulado “El caso perdido”, del libro *La llama y el hielo* (1984), que reúne los polémicos perfiles de Plinio Apuleyo Mendoza sobre Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Fernando Botero, Carlos Franqui y Plinio Mendoza Neira, padre del autor. El capítulo se independizó y con letra mucho más grande se publicó con el título de *Aquellos tiempos con Gabo. Hallazgo de un García Márquez desconocido* (2000). Entre la primera y la segunda edición no hay muchos cambios. En el primero, al referirse a la impresión que le produjo Mercedes, la esposa de García Márquez, una muchacha morena y esbelta con ojos de venado, oscuros, ariscos, que no decía una sola palabra, de quien el narrador comenta

a sus hermanas que parece muda. En la segunda edición corrige y cambia: parece una esfinge. Se suprime asimismo una página aparatosa, confusa, del apartado V, en la que García Márquez intenta explicar las razones por las cuales no firmó la carta de protesta de los intelectuales latinoamericanos y europeos a raíz de la detención del poeta Heberto Padilla, así como unas frases tal vez comprometedoras, referidas a la colaboración de García Márquez en la liberación de algunos presos políticos:

En todas *estas* gestiones ha existido una especie de complicidad entre García Márquez y Castro, a espaldas del aparato policial y político de la isla.

Gabo es amigo del caudillo y no del sistema, tal es mi convicción.

Muy pronto aquellas discusiones sobre Cuba llegaron a un punto sin salida. Dejamos de hablar sobre el tema.

“Si yo pudiera contarte ciertas cosas”, suspira Gabo a veces.

“Si tú supieras”.

Sí, él es el depositario seguramente de secretos del poder que no puede revelar. Debe de conocer el largo contencioso que existe entre Castro y la Unión Soviética. Quizás allí se aloja, secretas, las razones de su adhesión.

En esta tercera edición, con nuevo título, Plinio, amigo, exjefe del escritor, compadre, lector de sus manuscritos, incluye once cartas inéditas (seguramente el resto saldrá en la cuarta edición), enviadas desde México, recibidas en Barranquilla, una ciudad peligrosa [pág. 187]. Cartas constantes, largas, ansiosas, escritas sin sombra alguna de prudencia [pág. 172], e insertadas de manera estratégica en el discurso, sin respetar la cronología que estructura su relato. Estas cartas, reveladoras de un dato escondido en el que se insistía en las ediciones anteriores hasta provocar la rabia o la envidia del lector, la posesión de esas cartas que García Márquez le enviaba, le confieren al libro no solo un nuevo sentido, sino también un nuevo valor: válidas en sí mismas, pues registran la escritura perfeccionista y creadora de García Márquez, las cartas le otorgan al texto la credibilidad que le restaban la antipática óptica andina y encorbatada de Plinio, así como algunas de sus conductas oportunistas y perversas.

Escrita con la malicia del escritor, la obra de Plinio es un testimonio, una crónica, un reportaje, un perfil y una autobiografía, y nada de raro tiene que termine convertida en una novela. La obra se extiende desde la primera vez que Plinio se encuentra con García Márquez, en Bogotá, en un café, gracias a la mediación de Carlos Villar Borda, hasta la ceremonia de la entrega del Premio Nobel, cuando García Márquez se toma una fotografía en interiores térmicos al lado de sus amigos enchaquetados con una flor amarilla en el ojal para protegerlo de la mala suerte. Así, el libro abarca un lapso de casi treinta años que comprende escenarios disímiles como Bogotá, París, Leipzig, Moscú, Caracas, La Habana, Nueva York, Pantelaria, Barcelona, Barranquilla, Deyá y Estocolmo e incluye personajes como Hernán Vieco, Mercedes Barcha, Soledad Mendoza, Jorge Ricardo Masetti, Julio Cortázar, Marvel Moreno y Juan Goytisolo, entre otros. Durante estos años, que van de la publicación de *La hojarasca* hasta *El otoño del patriarca*, García Márquez pasa de ser un periodista pobre y desconocido en el ámbito internacional, pero célebre en Colombia, al novelista en ciernes que sobrevive en buhardillas, bares y cafés del barrio Latino, hediondas a cigarrillo sin filtro, al escritor y periodista de talla universal, laureado como Premio Nobel, tras un periplo de hambre y soledad, de años duros, que no dejan de ser un estímulo y un modelo para los autores noveles. La culminación triunfal de la sigilosa aventura literaria adelantada por Gabo, dice Plinio. De paso: sigilosa es la palabra que más se repite en el libro.

No hay duda de que con el tiempo lo mejor de la obra serán las cartas que constituyen un documento histórico invaluable por las revelaciones que hacen del proceso creador de dos obras claves en la literatura contemporánea universal –*Cien años de soledad* y *El otoño del patriarca*– y de la disciplina y los hábitos de escritura y corrección de un nobel de Literatura.

El libro está lleno de episodios memorables, tanto por su significación en la vida de García Márquez, como por sus conexiones con la obra y por la manera en que son presentados por el narrador. Destaco algunos: la fascinación de García Márquez al descubrir la

nieve, tan parecida a la de José Arcadio Buendía al percibir el aliento glacial de un cofre que contenía un enorme bloque transparente, con infinitas agujas internas en las cuales se despedazaba en estrellas de colores la claridad del crepúsculo; el viaje de desilusión o pérdida de la inocencia por los países socialistas, con sus multitudes toscas y su olor a perro mojado, a medias viejas y a millares de bostezos y sus refrescos con sabor a loción capilar [pág. 44] y la impresión ante el cuerpo embalsamado de Stalin en su mausoleo que parecía dormido pero vivo y temible con sus delicadas manos de mujer reposando sobre el abdomen, las cuales, muchos años después, irían a integrar el cuerpo de un dictador agropecuario latinoamericano, el patriarca Nicanor Alvarado; las premoniciones infalibles de García Márquez; las canalladas del empresario venezolano Ramírez Mc Gregor que tenía en la boca de manera permanente la expresión de quien acaba de chupar un limón [pág. 66] y la mirada huidiza del cajero de banco que ha cometido un desfalco y cubría su ineptitud con actitudes autoritarias, un ser asustado que trataba de asustar a todo el mundo para cubrir su propio susto [pág. 71] y a la postre se suicidó; la caída de Marcos Pérez Jiménez vista por un par de colombianos, uno de ellos feliz e indocumentado; el retrato, por uno de sus mayordomos, del dictador que dormía en hamaca y vivía pendiente de sus gallos de pelea, germen de la chispa de la cual saldría *El otoño del patriarca*; el juicio del militar batistiano Sosa Blanco, el drama de su mujer y sus hijas y la impotencia poderosa de Fidel Castro; las tramoyas tétricas de los marmertos; la crisis conyugal de Plinio y Marvel Moreno y la mediación sabia de García Márquez; la breve vida infeliz de la revista *Libre* y el patetismo de Cortázar, el arrepentido, ese viejito verde de la política, tratando de reconciliarse con los burócratas y comisarios cubanos; el matrimonio y el bautizo de su primogénito por Camilo Torres; o la del segundo matrimonio de Marvel, con Jacques Fourrier, a quien García Márquez al felicitarlo le dijo que se había ganado la rifa del tigre [pág. 246]. Hay, asimismo, interesantes reflexiones de Plinio en torno al miedo de García Márquez a Volar y la manera maestra como sorteó el episodio de la carta de

los intelectuales a Fidel Castro por el caso Padilla.

Para presentar a García Márquez, por ejemplo, Plinio opta por un camino novelesco: en primera instancia lo muestra como costeño vestido con traje de cantante de rumba y zapatos color guayaba, un ser antipático –el estereotipo costeño del bogotano: el hombre gritón, liso, mugre, morbosos, procaz, que atrapa enfermedades venéreas como uno atrapa un resfrío y que en su tierra hace el amor con las burras y, en caso de apuro, con las gallinas [págs. 13-14]– y poco a poco lo va humanizando y engrandeciendo. La segunda imagen es la de la fotografía de un hombre vestido de negro y corbata, con caspa, dedos manchados de nicotina de cigarrillos baratos y calcetines breves con la pinta de un empleado de banco o secretario de juzgado o reportero. La tercera es la de un tipo engraido, con ínfulas, envuelto en un abrigo color camello, con bigotes empapados de cerveza, que apaga los cigarrillos con la suela del zapato. La cuarta es la del costeño pobre y fraternal, quien cerca de la plazuela de Luxemburgo en París, descubre la nieve [pág. 23]. Detrás de esta caracterización subyace una visión compleja del personaje que oscila entre el costeño alegre y ágil como un pelotero o un músico popular, hasta el periodista muy pagado de sí mismo que se reserva el derecho de atender a los demás y actúa con la soberbia de un pichón de dictador. Gabo y García Márquez. El escritor capaz de sacrificar una cita con Sofía Loren para cumplir con su obra y el escritor célebre y celebrado, huésped para siempre de esa dama llena de humos y collares, la fama, experto en la temperatura de los vinos, la variedad de los quesos, la frescura del salmón, los relojes Cartier y las maletas Louis Vuitton.

Asimismo, en aras del interés y de la intensidad económica del relato, Plinio establece un contrapunto entre el presente de los hechos narrados y lo que vino después, el futuro que, a lo mejor, el lector conoce: el final de Masetti, la pelea con Vargas Llosa, el matrimonio de Plinio con Marvel.

Durante años se ha conservado la imagen de García Márquez (al igual que la de Juan Rulfo) como un antiintelectual a quien le sonó la flauta. Comparado con Borges, Carpentier, Vargas

Llosa, Fuentes o Cortázar, quienes a su obra literaria la habían acompañado de sesudas y eruditas reflexiones, García Márquez se veía como un ingenio lego, ni más ni menos que el mismo epífito que se le había endilgado al pobre Miguel de Cervantes Saavedra por haber sido un escritor que no asistió a la universidad. Bastaría recordar los estudios de Cortázar sobre el cuento o la obra de Keats o los de Vargas Llosa sobre Flaubert, Arguedas, Onetti y el propio García Márquez, y los estudios de Fuentes sobre narradores latinoamericanos reveladores de sus lecturas de los mitógrafos y los estructuralistas franceses y las teorías de Bajtín.

Uno de los méritos de las cartas de Gabo es cómo contribuyen a refutar ese infundio. Algo parecido a lo que ocurrió con Hemingway, maestro de García Márquez en muchos aspectos, quien proyectó una imagen de vitalismo exasperado cuyas cartas publicadas de manera póstuma se han encargado de contradecir, al demostrar que él era mucho más un erudito que un cazador o don Juan o torero o boxeador, es decir, era no un hombre de armas o de acción, sino de palabras y de pensamiento.

Entre los tópicos interesantes abordados, destaco la lucidez en la concepción de *El otoño del patriarca*, la lúcida ruptura con la visión lineal de la historia [pág. 63], la reflexión sobre el federalismo de los dictadores, el deslinde entre la ficción y la sociología, el problema del estilo: el dilema entre la sobriedad y el barroco Caribe, el *boom* latinoamericano, la génesis de un cuento [pág. 142], la perenne incertidumbre del escritor [pág. 173], los problemas de *Cien años de soledad* [pág. 174], la disciplina del escritor [pág. 175], la poética de García Márquez [pág. 176], la nueva novela latinoamericana [pág. 177], la relación con los críticos [pág. 186], la honestidad intelectual [pág. 202], la disciplina, etc.

En conclusión, estas cartas de García Márquez nos lo muestran como un escritor informado del movimiento literario nacional e internacional que sabía no solo de las prosas líricas de Plinio sepultadas en la revista que dirigía su papá, sino de la novela latinoamericana y universal, quien pese a su trabajo honesto, no era inmune a las incertidumbres de la creación como

consecuencia de los fracasos –revelados por el libro– de cuentos tan buenos como “La siesta del martes”, enviados a los concursos e ignorados por jurados con quienes se encontraría cara a cara años después y serían amigos, como Miguel Otero Silva.

No obstante, al margen de los méritos del libro de Plinio, un modelo de biografía y testimonio en el que se funden el arte de la ficción, el suspenso y la intensidad con la carpintería del periodismo, quiero llamar la atención sobre una tendencia editorial preocupante por descaradamente comercial, hecha de letras ligeras, que privilegian las anécdotas de la vida de García Márquez y se olvidan de manera deliberada de su obra. No dudo de que la vida de García Márquez sea lo suficientemente interesante, por ser la historia de un triunfador limpio y honesto, suceso escasísimo en los países subdesarrollados, un ser privilegiado por su talento que, además, supo potenciar mediante su disciplina y que tuvo la fortuna de estar en los sitios donde se cocinaban acciones claves para la historia de las letras y las otras historias. Como se lo advirtió a Plinio, cuando supo que iba a escribir sobre su vida, García Márquez fue ante todo un caso perdido que se empeñó en no serlo. Pero es preciso que los editores se preocupen, también, por publicar estudios centrados, sobre todo, en la significación de la obra y en su diálogo con las letras universales.

Ariel Castillo Mier